

Los relatos de la guerra (o la guerra de los relatos)

El 30° aniversario del conflicto de Malvinas en la prensa gráfica argentina

Carlos Eduardo Gassmann

UNIVERSIDAD NACIONAL DE BUENOS AIRES

BUENOS AIRES - ARGENTINA

carlosgassmann@yahoo.com.ar

Resumen

El presente artículo intenta efectuar una primera aproximación a la cuestión de la contribución que efectúan los medios de comunicación escritos, en especial los diarios, a la construcción de la memoria colectiva. Para ello se toma como ejemplo las representaciones que sobre la guerra de Malvinas ofrecieron en sus espacios editoriales a principios de este año, al cumplirse 30 años del conflicto armado con Gran Bretaña, tres de los principales periódicos de circulación nacional en la Argentina.

Palabras clave: Memoria colectiva, relatos, discurso, medios masivos, Malvinas.

The narratives of war (or war narratives). The 30th anniversary of the Malvinas War in the argentinian newspapers

Abstract

This paper attempts to make an initial approach to the matter of the contribution made by the written communications media, particularly by newspapers, to consolidate the collective memory. As an example we will mention the editorials of three of the main Argentinian newspapers 30th after of the armed conflict with Great Britain.

Key word: Collective memory, narratives, discourse, mass media, Malvinas.

Recibido: 07-10-12 / Aceptado: 20-11-12

1. Introducción: *Mass media* y construcción de la memoria colectiva

Durante las últimas décadas el tema de la memoria social se ha convertido en un tópico privilegiado, abordado solitaria o conjuntamente desde varias disciplinas como la historia, la ciencia política, la sociología, la antropología, el psicoanálisis, la semiótica y la teoría de la comunicación.

Definiremos a la construcción de la memoria colectiva como el proceso a través del cual se le otorga, a partir de las condiciones del presente, un sentido a los acontecimientos del pasado. En ese proceso, distintos grupos sociales pugnan por imponer a los demás sus propios sentidos (Gassmann, 2009: 249).

Por eso la construcción colectiva de la memoria remite a una suerte de batalla simbólica por la atribución de significado a los hechos acontecidos. Es frecuente que los contendientes en esa lucha posean dispares recursos materiales y simbólicos para librarla y que entablen, por lo tanto, una disputa desigual, pero disputa al fin.

Se trata además de un proceso relativamente inestable, de modo que la adjudicación de sentido a los acontecimientos pasados está constantemente sometida a la posibilidad de sufrir modificaciones más o menos profundas.

Es que ni siquiera en el campo de la historia, mucho menos lábil que la esfera de la memoria, (sobre las diferencias y las relaciones entre historia y memoria véase Jelin, 2002; Sarlo, 2005; Traverso, 2007), cabría sostener –desde un positivismo ingenuo– la existencia de una única “verdad histórica” que bastaría con “descubrir” primero y transmitir después.

En efecto, el sentido de los acontecimientos pasados, al ser objeto permanente de las luchas sociales, puede ir variando de unos actores a otros o al compás del cambio de las circunstancias coyunturales.

Por razones fáciles de comprender, los llamados medios de comunicación de masas son agentes destacados de este proceso de construcción de la memoria colectiva, aunque no son los únicos ni necesariamente los más importantes.

Que sean ellos, por sí solos, los que puedan imponer determinadas representaciones al conjunto social es algo sólo pensable desde teorías de la “manipulación” que los estudios de comunicación ya han desechado hace tiempo. Incluso para casos en los que se registra el nivel de control de la información que existía en la Argentina de 1982 (incomparable, por las características del régimen militar, a la censura que durante la guerra sufrió también la propia prensa inglesa [Escudero, 1996: 108-110]).

Además, es fundamental tener en cuenta que los *mass media* no operan nunca en forma aislada sino como parte de una red mucho más amplia de instituciones sociales productoras de discursos, red que los comprende y también los excede.

Lo que está en juego no es trivial: el resultado provisional de esa lucha por la atribución de sentido al pasado afecta nuestra comprensión de cómo llegó a ser lo que es la sociedad en la que vivimos y, al contribuir a conformar una cierta matriz interpretativa del mundo social, esa lectura del pasado incide asimismo en los cursos de acción que consideraremos posibles y deseables en el presente y el futuro.

2. Malvinas como objeto de memorias en conflicto

Cada una de las anteriores consideraciones abstractas puede aplicarse en concreto al episodio del que ahora queremos ocuparnos. En efecto, el significado del enfrentamiento bélico que en 1982 sostuvieron Gran Bretaña y la Argentina ha sido objeto a lo largo de las tres décadas transcurridas desde entonces de arduas disputas por el sentido que dieron origen a auténticas “memorias en conflicto”.

Esas reyertas simbólicas se agudizaron en este caso quizás más que en otros debido a la profunda ambigüedad que desde el comienzo caracterizó a ese acontecimiento que conocemos como la “guerra de Malvinas”.

Por un lado, la reivindicación de soberanía sobre las islas, anacrónica rémora del colonialismo británico que se mantiene aún vigente en el siglo XXI, es una causa que cuenta con la adhesión fervorosa de la enorme mayoría de la población argentina, que considera que cuenta con razones jurídicas e históricas más que suficientes para reclamar la recuperación del archipiélago.

Por otro lado, a nadie escapa que la guerra de 1982 fue decidida y llevada adelante por un gobierno dictatorial –el peor de la historia argentina en términos de los crímenes que cometió– que con esta acción buscó relegitimarse en momentos en que una severa crisis económica, política y social amenazaba su continuidad.

Los resultados son conocidos: un fracaso político, diplomático y, finalmente, militar que, en lugar de facilitar la prosecución del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, aceleró los tiempos de su desaparición.

He aquí planteados los términos del dilema: ¿Qué es lo que principalmente hay que recordar cuando se rememora lo ocurrido en 1982? ¿Cuáles son los aspectos que corresponde resaltar y cómo deben ser jerarquizados al momento de construir colectivamente la memoria de Malvinas?

Tales son los términos fundantes de una disputa simbólica que, con picos de mayor o menor activación, no ha cesado de desarrollarse desde que se inició la guerra hasta el presente.

Valga señalar que la construcción de la memoria incluye decidir no sólo qué marcas en el espacio son las más adecuadas (dónde construir un monumento, por ejemplo) sino también qué marcas en el tiempo (cuándo es pertinente recordar). Y, en ese sentido, una muestra acabada de los vaivenes sufridos por la memoria de Malvinas son los incesantes cambios en el calendario de efemérides elaborado desde el Estado (lo cual significa establecer qué jornadas serán no laborables, cuándo se realizarán actos oficiales, qué días se efectuarán los actos escolares, etc.). Brevemente: en 1973 el presidente Perón estableció el 10 de junio (fecha de la designación, en 1829, del primer gobernador argentino de las islas) como Día de la Afirmación de los Derechos Argentinos sobre las Malvinas; en 1983 la dictadura declaró al 2 de abril (fecha del desembarco del año anterior) como Día de las Islas Malvinas; en 1984 el presidente Alfonsín trasladó otra vez la conmemoración al 10 de junio; en 1992 el presidente Menem restableció el 2 de abril como Día del Veterano de Guerra; en 2000 el presidente De la Rúa declaró a esa misma fecha “Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas” y en 2006 el presidente Kirchner le otorgó al 2 de abril el carácter de feriado inamovible. (Ansaldi, 2012: 16)

Por razones de espacio, no nos es posible describir aquí las principales etapas que fue atravesando la construcción de la memoria de Malvinas desde 1982 (véase Lorenz, 2012). Apenas si nos proponemos brindar algunas consideraciones generales sobre el estado actual de la cuestión justamente en este 2012 en el que se cumplieron 30 años de la conflagración argentino-británica.

Los aniversarios –y más cuando se corresponden con cifras redondas, como las tres décadas exactas transcurridas en esta oportunidad– son coyunturas siempre favorables, dado que despiertan el deseo de efectuar algún tipo de “balance histórico”, para que se reactiven estas luchas por las significaciones.

¿Qué indicios nos ofrecen los diarios nacionales acerca de lo que ocurrió al respecto en la Argentina en el pasado mes de abril? Hacia el tratamiento de esa cuestión nos dirigimos pero antes resulta imprescindible introducir algunas nuevas consideraciones teóricas que facilitarán el análisis posterior.

3. Relatos contrapuestos

Dado que la memoria colectiva no es una colección desordenada de recuerdos yuxtapuestos sino una atribución de sentido a los hechos del pasado que supone insertarlos dentro de un determinado marco interpretativo, creemos ahora necesario incorporar la noción de “relato”.

Los relatos o narraciones son grandes matrices de sentido que guían la selección y jerarquización de los recuerdos –y de los consecuentes olvidos– que se expresan en cada manifestación concreta de la memoria (sea que se materialice en un monumento, una placa recordatoria, una alocución pronunciada en un acto público, un artículo de periódico, una nota de revista, una emisión de radio, un programa de televisión, un libro, una película documental o de ficción, una obra teatral, una obra plástica, etc.; es decir, sean cuales fueren los soportes materiales de los discursos correspondientes o –en otros términos– cualesquiera fueran los “vectores de memoria” implicados).

Decir que se trata de narraciones o relatos supone que se trata de macroesquemas organizadores que subyacen a esos discursos acerca de los hechos del pasado que jamás podrían ofrecer una re-presentación transparente de los acontecimientos. Porque ningún hecho puede transmitirse “en bruto” y para ello necesariamente se requiere de su “puesta en discurso”.

Hay que tener en cuenta que esos relatos no son sólo generados por los medios de comunicación: son más bien construcciones sociales de amplio rango. Pero los *mass media*, que los producen tanto como reproducen, facilitan, al otorgarles gran circulación, que obtengan legitimidad.

Asimismo es importante tomar en consideración que rara vez hay sustitución de unos relatos por otros: éstos pueden chocar, subsistir, contaminarse mutuamente y seguir alimentando por largo tiempo memorias en conflicto. También puede darse que en un mismo discurso concreto sea posible reconocer “marcas” de relatos diversos. Estamos frente a construcciones del “sentido común” que, aunque deban resultar plausibles, no necesariamente exhiben consistencia lógica.

En otra parte (Gassmann, 2009: 251-252) –sin que nos sea factible, por razones de espacio, desarrollarlo aquí– hemos tratado de identificar y de describir los diferentes relatos que han ido vertebrando en la Argentina la construcción de la memoria colectiva acerca de la etapa íntegra de la dictadura implantada entre 1976 y 1983. Hablamos entonces –con nombres en algunos casos ya conocidos y en otros propuestos por nosotros– del relato de la “guerra sucia”, el relato de las “violaciones a los derechos humanos”, el

relato constituido por la “teoría de los dos demonios”, el relato que reivindica a “los desaparecidos como militantes revolucionarios” y el relato que “enfatisa el drama existencia de hijos y demás familiares de los desaparecidos”, caso este último al que algunos han referido como “posmemoria”. (Sarlo, 2005: 126)

Es obvio que algunos de estos relatos globales sobre la dictadura –como los de la “guerra sucia” y “las violaciones a los derechos humanos”– tienen directas conexiones de sentido con los relatos más específicos que mencionaremos en relación con el episodio Malvinas.

Yendo al punto, queremos proponer la existencia, respecto de la guerra de Malvinas, de –entre otros– dos relatos antagónicos cuyas marcas –como lo comprobaremos al analizar lo publicado por los diarios el 2 de abril pasado– siguen inscribiéndose de una manera u otra en los discursos referidos al conflicto que circulan en el presente. Ambos relatos, en su articulación por oposición, ponen en evidencia las paradojas, contradicciones y tensiones que las Malvinas continúan significando hoy para los argentinos.

Propondremos por nuestra parte denominarlos el relato de la “gesta anticolonial heroica” y el relato de la “aventura dictatorial irresponsable”. Otros han hablado en un sentido similar de las narraciones de la “acción patriótica” y la “locura irresponsable” (Cangiano, 2012: 30) o de “relatos rectores” como el de la “causa nacional” o el de la “guerra absurda”, según los cuales Malvinas es respectivamente “sinónimo de Proceso” (dictadura) o “sinónimo de Nación”. (Guber, 2001: 114)

El relato de la “gesta anticolonial heroica” es aquel que pone énfasis en la justicia de la acción de recuperación de soberanía, en el heroísmo de ciertos protagonistas –como los pilotos de la Aeronáutica, los marineros del hundido crucero General Belgrano, algunos oficiales y suboficiales del Ejército y el grueso de los conscriptos–, en el carácter legítimo de la defensa frente a la agresión de una potencia colonial (en las versiones del nacionalismo de derecha) o en lo justificado de toda acción antiimperialista (con los matices propios de la izquierda nacionalista). Como toda memoria elige, al par de qué recordar, qué es lo que conviene olvidar, este relato prefiere dejar en las sombras, o por lo menos en un segundo plano, el carácter criminal del gobierno dictatorial que emprendió la guerra, su utilización de la causa Malvinas como un medio para recuperar el apoyo social perdido y las violaciones a los derechos humanos denunciadas por numerosos conscriptos por parte de algunos de sus superiores jerárquicos (mal trato, estaqueamientos, sometimiento al hambre y al frío, etc.).

El relato de la “aventura dictatorial irresponsable” es simétricamente inverso: aunque repita casi ritualmente que se trata de una causa justa, coloca

en primer plano la ilegitimidad de quienes la tomaron en sus manos, sus espurias motivaciones de desembarcar en las islas para recuperar consenso popular, su incompetencia e irresponsabilidad, el alto costo en vidas que se pagó inútilmente (incluidos los muertos en el campo de batalla y los numerosos ex combatientes que se suicidaron después por los traumas que les provocó la contienda), los atropellos a la dignidad de los jóvenes conscriptos que fueron víctimas de estaqueamientos y de otros padecimientos infligidos por sus superiores, el retroceso que el conflicto bélico implicó respecto de los avances diplomáticos que trabajosamente y durante años había obtenido el país.

Todo relato incluye además sus términos típicos, sus expresiones repetidas y sus argumentos recurrentes. Así, palabras como “gesta”, expresiones como “héroes de Malvinas” y argumentos como el de señalar que la guerra fue objetivamente, y con independencia de las intenciones de la dictadura, un hito en la lucha anticolonial se ligán directamente con una de estas narraciones, mientras que términos como “locura”, expresiones como los “chicos de la guerra” (que dio título a un libro que más tarde se convirtió en una relativamente exitosa película) o argumentos como el de plantear que el conflicto fue utilizado por la dictadura para recuperar apoyo interno, se alinean claramente con el relato opuesto.

Como cada memoria supone, además de cierta lectura del pasado, una orientación para la acción en el porvenir, cada uno de estos relatos implica también la adopción de estrategias diferentes para el futuro, que no bautizaremos nosotros –puesto que ya se las designa así– como estrategias de “desmalvinización” y “remalvinización”.

El origen del término “desmalvinización” se remonta a una entrevista publicada en 1983 por una revista de importante circulación al politólogo francés Alain Rouquié, quien según algunos actuaba como asesor del presidente Alfonsín. Poco más de un año después de la rendición en Puerto Argentino, el planteo de Rouquié fue que, para que las Fuerzas Armadas no vuelvan al poder, había que “desmalvinizar” la vida argentina, porque para los militares Malvinas sería siempre una oportunidad de rehabilitarse haciendo notar su función en la defensa de la soberanía nacional y de promover el olvido de los crímenes contra sus propios compatriotas cometidos durante la “guerra sucia”. Alfonsín fue en su momento objeto de duras críticas por parte de los distintos sectores nacionalistas que le reprochaban haber seguido esta estrategia de “desmalvinización”. Aunque, en realidad, la postergación del reclamo por Malvinas no fue mayor en el período de Alfonsín que durante el prolongado mandato de Carlos Menem. Como

cabeza visible de las reformas neoliberales que caracterizaron a los años '90 en la Argentina, Menem fue el promotor de “relaciones carnales” (SIC) con los Estados Unidos que suponían descartar cualquier acción –política, diplomática o comercial– vinculada con las Malvinas que pudiese irritar a Washington y sus aliados de Londres.

En este sentido, algunos –como el ex combatiente, psicólogo y docente universitario Fernando Cangiano– hacen oír aún hoy su repudio a cualquier política de “desmalvinización” y proponen, por el contrario, que el país debe emprender un camino opuesto de “remalvinización”. (Cangiano, 2012)

4. La lucha (simbólica) continúa

Vale la pena detenerse a reseñar los planteos de Cangiano porque en un breve y enfático artículo reciente sintetiza con gran claridad –identificándose inequívocamente con una de esas posiciones– cuáles son los dos grandes relatos que a su juicio están en disputa. (*Ibid*)

Si la estrategia “desmalvinizadora” fue presentada por sus propios adherentes como un modo de minimizar el peso político del actor militar, sus detractores sostienen que no es más que parte del “proceso de subordinación de la Argentina al nuevo escenario internacional resultante de la ofensiva neoliberal de las décadas del '80 y del '90”. (*Ibid.*: 29)

Desplegando el juego de argumentos y contra-argumentos, Cangiano dice que “quienes sostenían la postura del ‘hecho patriótico’ y le daban connotación de gesta, concebían la ocupación de Malvinas como la realización de una tarea pendiente que, como pocas, unifica a la inmensa mayoría del país” y “establecían una continuidad histórica entre las batallas emancipatorias del siglo XIX y la reafirmación de la soberanía argentina en el Atlántico Sur” (*Ibid.*: 30), mientras que “quienes impugnaban la ocupación de Malvinas calificándola de ‘aventura irresponsable y criminal’ (...) repitieron hasta el cansancio ‘el punto de vista del loco’, según el cual el país fue conducido a la guerra por un general borracho que ansiaba perpetuarse en el poder”, de modo que “todo fue un sinsentido, un disparate”. (*Ibid.*: 31)

Asimismo, “los defensores de la teoría de la ‘locura irresponsable’ (...) sitúan al ex soldado en el papel de un niño indefenso conducido a la guerra sin la más mínima conciencia de lo que acontecía. Un ‘chico de la guerra’ (...) sometido a maltrato físico y psicológico, pero no por los ingleses (...) sino por los propios oficiales y suboficiales argentinos. La figura del *héroe* se transforma en la de la *víctima*”. (*Ibid.*: 32)

Cangiano piensa que “los casos puntuales de maltratos y estaqueamientos deben ser juzgados con la severidad que corresponde” pero que “eso no significa, en modo alguno, que se haya tratado de prácticas masivas” (*Ibid.*: 37). Por eso habla de “una persistente campaña de demonización de los oficiales y suboficiales argentinos” cuyos “actos de heroísmo se presentan como acciones excepcionales o limitadas a una fuerza en particular (la aviación)” hasta llegar al punto de “degradarlos a la condición de villanos y sádicos implacables enfrentados a sus soldados”. (*Ibid.*: 33)

La “ideología desmalvinizadora” también incluiría “la falacia de que un triunfo militar en Malvinas hubiera significado una eternización de la dictadura militar, en tanto que la derrota argentina posibilitó el *retorno de la democracia*”. (*Ibid.*: 34)

5. Clarín: “Malvinas y la idea del *enemigo interno*”

Pasemos por fin al análisis de los planteamientos efectuados en la fecha exacta de conmemoración de los treinta años del desembarco, el 2 de abril pasado, en tres de los más importantes diarios argentinos de circulación nacional, periódicos que tienen además orientaciones políticas diferentes: *Clarín*, *Página 12* y *La Nación*.

La posición de *Clarín* es expuesta por su secretario de redacción, Osvaldo Pepe, dentro de la sección de “opinión” llamada “Del editor al lector”, mediante una columna titulada “Malvinas y la idea del *enemigo interno*”. (véase http://www.clarin.com/opinion/Malvinas-idea-enemigo-interno_0_674932570.html)

Pepe comienza señalando que, dentro de una sociedad propensa a los enfrentamientos, Malvinas es “el punto más alto del consenso argentino”, “símbolo de unidad” y expresión de la ambición de “construir una Nación integrada”.

El intento de articular el significante (“símbolo”) “Malvinas” no con alguna variante de nacionalismo belicoso sino con esa “comunidad imaginada” que constituye la nación (Anderson, 1991), se comprueba cuando el periodista, al instar a la diplomacia argentina a “la tarea pendiente de restaurar la Patria amputada”, expresa que “la palabra Patria no debería verse como una rémora del discurso militarista de antaño sino como el más bello sentimiento fundacional de una comunidad”.

A continuación, Pepe señala que es materia discutible en qué día del calendario debería hacerse la conmemoración y, al recorrer las distintas alternativas, pone en evidencia las interpretaciones que cada fecha posible

lleva asociadas. A saber, 2 de abril: día relacionado “con la aventura militarista de la dictadura que buscó permanecer en el poder bajo el escudo de la épica nacional”; 10 de junio: día que “recuerda la designación del primer gobernador argentino de las islas, Luis Vernet, en 1829”; 14 de junio: “aquel doloroso día de 1982 de la rendición incondicional que un generalato de cobardes e ineptos ordenó a las tropas de soldados, en su mayoría jóvenes valientes pero indefensos frente a la alianza política y bélica más poderosa del planeta”.

Añade el columnista que también pueden ser objeto de legítima discusión “las políticas y estrategias futuras de la diplomacia para recuperar el retraso de décadas que trajo en el terreno político la guerra perdida”.

También invita a revisar el “comportamiento de la sociedad” que “colmó la ciudad de bocinazos y banderas” y “reventó las calles de multitudes para celebrar con Galtieri en el balcón” pese a que “48 horas antes del desembarco la dictadura había aplastado con gases, palos y tiros una protesta gremial en esa misma Plaza (de Mayo)”.

Pero todos estos reparos no son obstáculo para que el articulista vuelva a considerar a las Malvinas como un símbolo (“consigna”) que puede jugar un papel fundamental en la reconstrucción de la nación: “aún así —dice— Malvinas es esa consigna que nos aglutina, que nos proporciona la identidad de lo propio, nos instala de cara al desafío pendiente de apostar a un horizonte compartido y de construir la unidad nacional en lo esencial”.

Aunque atenuadas por la inclusión de referencias a otros relatos que entendemos aparecen como parte de una estrategia argumental concesiva (Malvinas es un “punto de consenso”, “símbolo de unidad”, factor para la “construcción de una Nación integrada”, evidencia de una “Patria amputada”, “consigna que nos aglutina” y “proporciona identidad”, etc.), preponderan aquí las marcas del relato de la “aventura dictatorial irresponsable” (“aventura militarista de la dictadura que buscó permanecer en el poder bajo el escudo de la épica nacional”, obra de “un generalato de cobardes e ineptos” que ordenó la rendición a “soldados” que en su mayoría eran “jóvenes valientes” pero “indefensos”, “guerra perdida” que provocó un “retraso de décadas” en las vías diplomáticas de negociación, que contó con un “comportamiento errático de la sociedad” que es también en parte responsable por haber apoyado la acción de la Junta Militar).

Pero lo más relevante del artículo es el remate —cuya importancia se ve realzada no sólo porque, al estar ubicado al final, opera como una suerte de conclusión, sino también porque es el párrafo cuyo sentido se condensa en el título mismo del artículo—: la “condición” para lograr esa “Patria pen-

diente” es que “desterremos para siempre la noción de ‘enemigo interno’, porque ésa es, la use quien la use, la lógica de las dictaduras”.

Este cierre, que puede resultar extemporáneo y hasta ilógico para un lector extranjero, adquiere sin embargo un sentido muy claro para el público actual de *Clarín*. Es el presente de la enunciación el que ofrece, una vez más, la clave para develar esta propuesta de interpretación del pasado. El grupo “Clarín”, al que pertenece el diario homónimo, está duramente enfrentado con el gobierno de Cristina Kirchner por la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual (la llamada “Ley de Medios”), sancionada hace tres años. Las cláusulas antimonopólicas de esta norma obligan a esta corporación multimedia, la más grande del país, a desprenderse de varios de los medios de comunicación radiofónicos y televisivos que posee. El gobierno impulsa esta medida con la justificación de garantizar el pluralismo informativo y el consorcio privado, afectado en sus intereses económicos, se resiste aduciendo que se trata de un ataque a la libertad de expresión.

Este es el contexto de un momento de la vida política argentina que está atravesado por una oposición, presentada como excluyente, entre “kirchnerismo” y “antikirchnerismo”. En dicho marco, la cuestión Malvinas también parece quedar atrapada en esa lógica binaria –“a favor” o “en contra”–, refractaria a la diferenciación de matices, que hoy domina gran parte de los debates instalados en el espacio público.

La conmemoración del 2 de abril bien puede servirle entonces a *Clarín* como una excusa más para plantear (porque eso es lo que indudablemente está diciéndole sin decirlo al público que comparte con su diario cierto “pacto de lectura”) que el gobierno de Cristina Kirchner se vale, para atacar a ese grupo mediático, de una “noción”, la de “enemigo interno”, que pertenece, “la use quien la use” (es decir, incluso si quien la emplea es un gobierno de origen democrático), a “la lógica de las dictaduras”.

6. Página 12: “Héroes estaqueados”

La postura editorial de *Página 12* diario de centro-izquierda, muy comprometido desde sus orígenes con la lucha de los organismos de derechos humanos por el enjuiciamiento a los responsables del terrorismo de Estado y en la actualidad claramente alineado con el gobierno de Cristina Kirchner- es presentada por Mario Wainfeld en una nota de “opinión” titulada “Héroes estaqueados”. (véase <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-190942-2012-04-02.html>)

Esta columna sirve de hecho como presentación de otros cuatro artículos anunciados en la portada del diario, consistentes en reportajes a otros tantos conscriptos que sufrieron en las Malvinas distintos tipos de abusos por parte de sus jefes (un ex soldado que era obligado como castigo a permanecer en pozos llenos de agua helada, lo cual lo dejó después un año sin poder caminar y perjudicó su movilidad para siempre; otro que por su condición de judío fue sometido a tratos especialmente aberrantes por parte de un oficial, incluido el estaqueamiento, ser obligado a sumergir durante veinte minutos las manos en agua helada y comer los propios excrementos; un tercero que fue testigo de esas torturas y las contó en un libro que después se transformó en una difundida película y un último que sufrió tantos castigos y hambre que volvió con cuarenta kilos menos, tuvo que permanecer ocho meses internado y se salvó milagrosamente de que le amputaran una pierna por gangrena).

El artículo central que publica el diario en el día que se cumplen treinta años del desembarco lleva un título extraño, “Héroes estaqueados”, que muestra la convivencia incómoda de los dos relatos antagónicos que venimos mencionado. Son “héroes”, sí, parece decirnos Wainfeld, pero más por *lo que les hicieron* que por *lo que hicieron*. Fueron “chicos de la guerra” convertidos por sus propios jefes en víctimas (en ese sentido, resultan por demás elocuentes los títulos de los cuatro reportajes citados, a los que la nota de Wainfeld sirve como prólogo: “Frío y hambre en las islas”, “Me hizo comer entre el propio excremento”, “El enemigo estaba entre nosotros” y “Cuesta entender que también fuimos víctimas”).

Por eso la nota de Wainfeld comienza señalando la incongruencia de que “las torturas cometidas por militares argentinos durante la dictadura, en suelo argentino”, sean consideradas “imprescriptibles”, en tanto “crímenes de lesa humanidad”, mientras que los vejámenes padecidos por los soldados de Malvinas a manos de esos mismos militares no han recibido hasta ahora (falta aún que se expida la Corte Suprema) la misma calificación por parte de la Justicia.

Y es que Malvinas –coincide el columnista con nosotros– es el reino de las contradicciones: “muchas paradojas genera y atesora Malvinas”. Por ejemplo: a los conscriptos argentinos “los británicos los trataron mejor” que sus militares connacionales. Y otra paradoja más: “cronológicamente, el primer héroe de la historia oficial fue el capitán de fragata Pedro Edgardo Giachino, herido de muerte durante el desembarco”, quien luego se supo –cuando ya había, por ejemplo, escuelas que llevaban su nombre como homenaje– que en los peores años de la represión interna había integrado los “grupos de tareas” de

la siniestra ESMA, la Escuela de Mecánica de la Armada, el más grande centro clandestino de tortura y exterminio.

Como desde el propio título de uno de sus libros dijo en su momento un intelectual de izquierda –alguien que se atrevió a manifestar en pleno fervor patriótico por la recuperación de las islas que prefería que la Argentina fuera derrotada porque de lo contrario no se libraría de la dictadura más perversa de su historia– era casi imposible desconectar esa pretendida “guerra limpia” de las Malvinas con la inmediatamente anterior “guerra sucia” (Rozitchner, 1995). No fue el único en trazar este tipo de conexiones: “No es aventurado ver en la decisión de lanzar la invasión a las islas el designio de lograr una legitimidad retrospectiva hacia la ‘guerra interior’, ‘sucias’ según se acostumbraron a llamarla”. (Vezzetti, 2003: 94)

Por eso Wainfeld, que sigue con la enumeración de contrasentidos, se detiene en los supuestos “héroes” que al mismo tiempo fueron “torturadores”: “muchos protagonistas de Malvinas –afirma– lo fueron también del terrorismo de Estado. Algunos, como Alfredo Astiz, se condujeron con cobardía en la guerra internacional. Otros, añadiendo complejidad a la complejidad, fueron valientes. En ese conjunto, algunos torturaron en Malvinas como lo habían hecho en el continente”.

Y señala otra paradoja más, que tiene que ver con el comportamiento de la clase política: Alfonsín estuvo entre los “muy contados dirigentes políticos que se diferenciaron de la dictadura tras el desembarco”, pero cuando, siendo ya presidente, debió enfrentar una sublevación militar, el levantamiento de los “carapintadas” de Semana Santa de 1987, los llamó, “para mitigar el impacto de la negociación” que había aceptado realizar con ellos, “héroes de Malvinas”, lo cual “era un elogio a los golpistas, incluidos varios represores”.

Tras aludir a la larga vigencia de los estaqueamientos en el ejército argentino, Wainfeld dice que ninguna “perversa tradición puede servir como argumento exculpatorio” ni “para unificar a víctimas y verdugos”. Y, ante tanta paradoja, termina exhortando a “asumir la complejidad de lo real” y a no “simplificar”, como sería el caso si se “nombrase con las mismas palabras a quienes obraron muy distinto en Malvinas y durante la dictadura”. Ésa parece ser su principal conclusión: revisemos quiénes merecen llamarse realmente “héroes” y no confundamos nunca a las víctimas con sus verdugos.

El conjunto del artículo deja más que claro a cuál de los relatos se aproxima más la memoria de la guerra que abona *Página 12*.

7. *La Nación*: “Malvinas: la verdad completa”

La Nación, que ya lleva 143 años de vida, es –en todos los sentidos de la expresión– uno de los diarios más tradicionales de la Argentina. De tendencia liberal-conservadora, en sus páginas encuentran expresión los puntos de vista de los sectores económicos más concentrados –especialmente del agro-, del ejército y de la Iglesia. Hoy se ubica netamente en la oposición al gobierno de Cristina Kirchner.

Es el único de los tres periódicos considerados que el pasado 2 de abril le dedicó al tema Malvinas un artículo editorial propiamente dicho (es decir, no firmado por nadie sino escrito para expresar la opinión del diario mismo). Medios como *Página 12*, vinculados al llamado “nuevo periodismo”, descreen de la distinción entre “información” y “opinión”, consideran que la toma de posición ya está implícita en la selección de las noticias, el modo de jerarquizarlas y de titularlas, y por eso, en lugar de incluir notas editoriales, publican prácticamente todos los artículos con la firma al pie de su redactor.

El editorial de *La Nación* se titula “Malvinas: la verdad completa” (véase <http://www.lanacion.com.ar/1461542-malvinas-la-verdad-completa>). Comienza con muy críticas referencias a la decisión gubernamental de, en coincidencia con el 30º aniversario del inicio de la guerra, hacer público el Informe Rattenbach. Elaborado por una comisión presidida por el teniente general Benjamín Rattenbach, a poco de finalizado el conflicto y por pedido de las propias Fuerzas Armadas, este Informe analizó los distintos aspectos de la actuación argentina. Tomando en consideración su elevado tono crítico, los propios militares decidieron en su momento no divulgarlo. *La Nación* dice que esta supuesta ventilación no fue tal sino que el Informe ya se conocía y cuestiona tanto “la forma en que el Poder Ejecutivo dispuso la desclasificación” como “el eco que la siguió en ámbitos desafectos por naturaleza con las instituciones militares”. Para el diario fundado por Bartolomé Mitre en el siglo XIX la “voluntad” del gobierno al concretar esta acción no ha sido sino “un renovado esfuerzo por enjuiciar a las instituciones previstas por la Constitución para la defensa nacional”.

El gobierno carecería del “equilibrio” que sí tendrían los altos oficiales que fueron autores del Informe Rattenbach, que hicieron una “crítica dura donde cabía hacerla” pero sin dejar de manifestar “el orgullo por la conducta de unidades y combatientes como contraste con la deplorable conducción política de la guerra”. Forma parte del “equilibrio” del Informe –según *La Nación*– que “critique con severidad la conducción de la guerra y de la diplomacia” por parte del general Galtieri y el almirante Anaya –a quienes “coloca

en situación de ser juzgado por delitos militares”— y que “anote, en cambio, aciertos del tercer miembro de la Junta Militar, el brigadier Lami Dozo”.

Para *La Nación*, “a estas alturas no hay dudas de que los legítimos derechos de la Argentina sobre el archipiélago (...) sirvieron de coartada, en un desesperado intento frente a la creciente caída de apoyo social que estaba sufriendo el gobierno militar”. Pero lo que le interesa sobre todo resaltar (“a la deplorable conducción de la guerra debe anteponerse el orgullo de los combatientes”, sintetiza en el sumario) es “la capacidad demostrada, entre otros, por los pilotos de la Fuerza Aérea”, “la actuación de la artillería de campaña, de la defensa aérea, del escuadrón de exploración de caballería, del Regimiento 25 de Infantería, de la aviación naval y del Batallón de Infantería de Marina 5”. Quienes hacen una lectura sesgada del Informe, según este periódico, no reparan en que “hace notar también numerosos actos de valor extraordinario y se declara orgulloso por un comportamiento argentino que supo atenerse a la ética militar al abstenerse de atacar tropas, naves y aeronaves enemigas afectadas a tareas de salvamento”. Hacer foco sólo en la responsabilidad de las cúpulas militares por sus graves “errores políticos y diplomáticos” y por “haber llevado a la guerra a no pocas tropas desprovistas de elementos y adiestramiento básico” conduciría a una “visión parcial de lo que fue esa guerra”. Y “otro tanto sucedería si se redujese el análisis a lo que podría haber sido alguna defección personal en el escenario de combate”. Una consideración justa implicaría para *La Nación* un “examen completo de los hechos” que “computara (también) el amplísimo respaldo popular con el que contó lo que en definitiva resultó una aventura de enormes consecuencias” (así como *La Nación*, en lo que se refiere a la dictadura, insiste una y otra vez en que el golpe de 1976 tuvo apoyo de la población, lo cual se convierte en un implícito atenuante de la responsabilidad de sus ejecutores, también planteará respecto de la guerra de Malvinas que fue respaldada por la ciudadanía, lo cual parece querer disminuir también en algo la culpabilidad de Galtieri y compañía). No obstante, el artículo manifiesta que fue “una costosísima lección” que además le “ha hecho perder tiempo y terreno” a la Argentina “en el ámbito de las negociaciones diplomáticas”.

El corolario del artículo editorial de *La Nación* es conciso y contundente: “a treinta años del inicio del conflicto bélico es menester recordar como héroes a quienes dieron su vida por la Patria y evitar que se utilice la causa de Malvinas políticamente”.

El destinatario de este último reproche (como así también el acusado de pretender sacar provecho de la difusión del Informe Rattenbach) es por demás evidente aunque no esté explícitamente aludido: el gobierno nacional.

Esta supuesta “verdad completa” de Malvinas, reclamada tanto en el título como en el desarrollo de la nota, con su énfasis en la necesidad de mantener el “equilibrio” y la “imparcialidad” en el análisis, remite directamente a las disputas en torno a la violación de los derechos humanos durante la dictadura. También respecto de esta cuestión el diario *La Nación* le reprocha su “parcialidad” al gobierno y lo enfrenta por alentar el enjuiciamiento de los represores. Sus pronunciamientos al respecto, aunque con más eufemismos y una retórica más solemne, coinciden en el fondo con lo que plantean los sectores que defienden a los genocidas y reclaman al “gobierno montonero” (SIC) que no promueva una “memoria hemipléjica” sino que favorezca una supuesta “memoria completa” (es decir, que además de los “excesos” de la represión incluya también los “crímenes de la subversión”). Precisamente así, “Memoria Completa”, se denominaba el Sitio WEB a través del cual difundía sus mensajes uno de los grupos más activos ligados a la defensa de los genocidas.

Una vez más, tal como ocurría con *Clarín*, la memoria construida por *La Nación* revela el peso que las condiciones del presente tienen en la lectura del pasado. El periódico que acusa al gobierno de oportunista no pierde a su vez la oportunidad que le ofrece el aniversario de Malvinas para combatir a Cristina Kirchner acusándola de denostar en bloque a las Fuerzas Armadas y de intentar obtener rédito político explotando una tragedia.

8. Conclusiones

Para finalizar, creemos que del conjunto de lo planteado pueden obtenerse, entre otras, las siguientes conclusiones:

a) Treinta años después, la guerra de Malvinas continúa representando un acontecimiento traumático difícil de elaborar por parte de los argentinos. La sola invocación del nombre de las islas sigue despertando en muchos una asociación inmediata con la guerra, la muerte y la dictadura. Poder saldar mínimamente las tensiones, contradicciones y paradojas que aún hoy provoca la consideración del tema parece un paso imprescindible para construir nuevos consensos que hagan posible el despliegue de estrategias pacíficas para la recuperación de la soberanía del archipiélago, esta vez sólo basadas en acciones políticas, diplomáticas y comerciales, seguramente fortalecidas por el apoyo de bloques como el Mercosur y la Unasur.

b) El logro de amplios acuerdos sociales sobre ciertos temas (entre los cuales las relaciones exteriores en general y la cuestión Malvinas en particular ocupan sin duda un lugar prioritario), de modo de trazar respecto

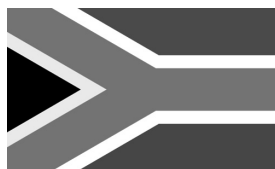
de ellos verdaderas políticas de Estado, que se sostengan en el largo plazo más allá de los eventuales cambios de gobierno, sigue siendo en la Argentina un objetivo mucho más declamado que efectivamente perseguido. Lo que priva en la actual coyuntura respecto de casi todos los tópicos, incluido ese pretendido símbolo de unidad nacional constituido por Malvinas, es un debate generalmente polarizado, simplificador y maniqueo, cuyo principal punto de clivaje parece ser o bien la adhesión incondicional o bien el rechazo absoluto de las posiciones de quien hoy ocupa el gobierno.

Referencias

- Anderson, Benedict (1991). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ansaldi, Waldo (2012). La memoria y el olvido como cuestión política. A propósito de Malvinas. *Ciencias Sociales (Revista de la Facultad de Ciencias Sociales)*, N° 80, abril de 2012, Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Cangiano, Fernando Pablo (2012). Desmalvinización: la derrota argentina por otros medios. *Ciencias Sociales (Revista de la Facultad de Ciencias Sociales)*, N° 80, abril de 2012. Buenos Aires: Universidad Nacional de Buenos Aires.
- Escudero, Lucrecia (1996). *Malvinas: el gran relato. Fuentes y rumores en la información de guerra*. Barcelona: Gedisa.
- Gassmann, Carlos (2009). Los medios de comunicación y la memoria del horror (1983-2006). En Raggio, Sandra y Salvatori Samanta (Coord.). *La última dictadura militar en Argentina. Entre el pasado y el presente*. Rosario: Homo Sapiens.
- Guber, Rosana (2001). *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lorenz, Federico (2012). *Las guerras por Malvinas (1982-2012)*. 2ª edición, Buenos Aires: Edhasa.
- Rozitchner, León (1985). *Las Malvinas: de la guerra "sucía" a la guerra "limpia"*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Sarlo, Beatriz (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Traverso, Enzo (2007). Historia y memoria. Notas sobre un debate. En Franco, Marina y Florencia Levin (Comp.). *Historia reciente*. Buenos Aires: Paidós.
- Vezzetti, Hugo (2003). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.



Caleidoscopio





La Nueva Canción Latinoamericana en su forma y contenido.
Bases ideológicas, principios y propuestas de orden social (1960- 1970)
Hirmarys Pérez Flores

Relaciones Venezuela-Sudáfrica.
En el camino de la Cooperación Sur-Sur (2005-2010)
María Gabriela Mata Carnevali